

LOS OTROS, NOSOTROS



Juan Manuel García Ramos



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS

2001

© Academia Canaria de la Lengua
© Juan Manuel García Ramos

Diseño de colección:
Bernardo Chevilly

Fotomecánica e impresión:
Litografía Romero, S. A.

Dep. Legal: TF. 1.022-2002

ISBN: 84-932755-6-5

Orígenes

LA ESCENA es la siguiente: Es mi infancia. Es un descampado que pronto se convertirá en una moderna avenida. Es una casa rectangular en ruinas, aislada, desafiando el futuro ensanche. Son unas ventanas con bellas vidrieras multicolores que poco a poco han sido destruidas por pedradas que resuenan hondo en ese interior deshabitado. Son unos niños sorprendidos por el policía de turno. Es la pregunta de la autoridad que interroga sobre quiénes dispararon, por última vez, sus armas callejeras contra la mansión en decadencia. Y son mis compañeros de entonces, en pantalón corto, que responden atolondrados y muy

por lo bajo con una frase de la que no me he podido olvidar jamás. La frase es ésta: “Losotros no fuimos”.

He oído “losotros” y no “nosotros”. ¿Qué pronombre es ése? ¿Es un pronombre o es una excusa? Es la vacilación del que no quiere comprometerse con lo que dice. ¿Cuántas veces hemos percibido en nuestras islas esa duda expresiva a lo largo de nuestros años y en circunstancias distintas?

Las dudas en la locución siempre delatan dudas en la conciencia de los individuos. La lengua es la piedra angular de la identidad de un pueblo. Acaso aquella lejana escena infantil fue la primera prueba de la que tuve noticia del manejo temeroso de una lengua por parte de la colectividad a la que yo pertenecía. De una lengua que, tal vez, no era de nosotros, sino de los otros. ¿Quiénes eran esos otros?

¿Los que llegaron más tarde a las Islas?

¿Los visitantes y no los visitados? ¿Los conquistadores y no los conquistados?

En esa obra póstuma de Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, donde no queda un estado del alma humana que no sea analizado, el escritor portugués educado en Sudáfrica, habla del “otraje”¹, para decirnos que muchas veces sólo nos reconocemos al diferenciarnos con el otro.

Y esa teoría del “otro” fue uno de los *leit motiv* de toda la literatura de Borges, quien, a su vez, se complació en citar por extenso a Schopenhauer: “Si a veces me he creído desdichado, ello se debe a una confusión, a un error. Me he tomado por otro...”²

¹ Pessoa, Fernando, *Libro del desasosiego*, traducción, organización, introducción y notas de Ángel Crespo, Barcelona, Seix Barral, 1997, 18ª ed., p. 319.

² Borges, Jorge Luis, “Historia de los ecos de un nombre”, en *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 1971, 6ª reimp., p. 227.

Nunca hemos sabido qué somos nosotros: si los que estaban aquí en el Archipiélago cuando llegaron los europeos, o los hijos de esos aventureros. ¿Somos los colonizados o los colonizadores? ¿Los perseguidos o los perseguidores? ¿No ha influido ese desencuentro mental en nuestra manera de expresarnos, en nuestro temperamento general, en nuestro carácter de conjunto?

En este momento casi me veo obligado a citar el párrafo con el que el profesor de Antropología Cultural de la Universidad de La Laguna, Fernando Estévez, comienza su imprescindible obra *Indigenismo, Raza y Evolución. El pensamiento antropológico canario (1750-1900)*: “Para los canarios, los guanches fueron y son, al mismo tiempo, los “otros” y nosotros... Nos hemos preguntado, una y otra vez, quiénes fueron. En estas siete peñas eso significa, para unos, saber quiénes fueron “ellos”; para

otros, quiénes fuimos o quiénes somos, “nosotros”³.

La educación gramatical

La Gramática fue siempre nuestra asignatura preferida en el bachillerato de la adolescencia. Supimos desde el principio que conocer la lengua y manejarla bien era adueñarnos de muchas cosas que nos eran muy ajenas. Tengo la memoria grata de mi primer diccionario *Vox* y de sus láminas correspondientes a las catedrales góticas, con sus agujas y cresterías, sus gárgolas y rosetones. Palabras mayores para mi realidad circundante y que sólo existían en esas páginas delgadas y riquísimas para el niño que yo era en ese tiempo. Por esas razones instintivas, amé la gramática española como luego amé la inglesa, por recomenda-

³ Excelentísimo Cabildo Insular de Tenerife, Museo Etnográfico, 1987, p. 15.

ción de un tutor tan honorífico como generoso, vecino de mi calle, don José María Balcells —lagunero descendiente de catalanes, un experto en arte visigótico a quien la Guerra Civil le había arrebatado su condición de profesor en la Universidad de Barcelona—, y más tarde amé la gramática latina y la griega, la lengua árabe y el italiano que me impartió mi apreciado profesor Max Steffen —tan sensible a nuestra lexicología— en las aulas universitarias. Me dejé seducir sin esfuerzo por esas estructuras idiomáticas y me siento el resultado de todas ellas. De mi apego y desapego a todas ellas.

Los lenguajes de mi formación fueron, por lo tanto, múltiples y desiguales. Un zigzagueo de lenguaje familiar y de lenguaje comunal, de creación narrativa y de ambición crítica, de enseñanza universitaria, como alumno y luego como profesor, y de voluntarioso periodismo.

La vocación narrativa, la vocación crítica

Y todas aquellas estructuras idiomáticas, estudiadas en su día, algunas de ellas olvidadas hoy, y todos esos lenguajes de mi formación, están, para bien y para mal, en mi narrativa. En ese ejercicio soberano de descubrimiento de una lengua propia que significa todo arte de la fabulación.

En *Bumerán*, donde me deshice de muchos pudores y prejuicios; en esa novela escrita contra las ortodoxias académicas que, en esos años excitantes, me entraban por un oído y me salían por las teclas de mi máquina Olympia con una libertad recién estrenada y compartida con mis compañeros de generación, como sucedió con Juan Cruz, y con mis posibles lectores. Era una ciudad que me hablaba en voz alta sin complejos, cambiando continuamente de punto de vista, rescatando jergas, imperfecciones expresivas homologadas por el uso oral, la despreocupación de lo no es-

crito, de lo sólo musitado en ocasiones. Eran, aquéllos, años en los que yo me sentía, más que nunca, comprometido con la afirmación de Montaigne: “La palabra es mitad de quien la habla y mitad de quien la escucha”⁴.

Malaquita, mi segunda novela, a diferencia de *Bumerán*, está escrita con excesiva intención lingüística, con un barroquismo que en su momento me satisfizo ensayar y del que nunca —lo confieso— me he arrepentido.

Y en *El inglés* encontré por fin mi modo de decir y de insinuar. Hay un fragmento de esa novela que me interesa especialmente:

Carlos la acercó temprano hasta Rambla de Castro y la dejó a prudencial distancia de su casa. No obstante, cuando maniobraba somnoliento su Peugeot para ponerlo en dirección a Los Limos no

⁴ Montaigne, Miguel de, *Ensayos II*, traducción de Constantino Román y Salamaero, Buenos Aires, Aguilar, 1962, p. 371.

pudo evitar la sensación de tener clavados los ojos del alemán en su espalda, mirándole desde alguna celosía del insomnio.

En ese texto no hay nada extraordinario, pero sí está el sentimiento de culpa de Carlos Asturias Harrow, ese sentimiento que acompaña al hombre desde su abandono del Paraíso. Carlos Asturias es mi versión particular del Robinson contemporáneo, un hombre insular en lo físico y aislado en lo psíquico; en esa novela está además la impotencia de la vejez de El alemán, el padre de la mujer con la que Carlos ha hecho el amor hace unas horas; está la libertad ¿culpable? de Greta Yanes Linger; está la noche y el amanecer de nuestros tránsitos del alma, y está el lenguaje que dice y calla al mismo tiempo. Está además la felicidad de un creador que piensa que ha dado en el clavo que quiso, al menos por una vez y en unas pocas líneas.

Porque, cuando escribíamos novelas, todo no eran felicidades. Entre las muchas

insatisfacciones resalto la necesidad que sentíamos de inventar a toda costa los espacios habitados por nuestros personajes, pues los de nuestra realidad nos parecían irrelevantes, poco sólidos para resultar atractivos en la construcción del relato. Otro caso de desentendimiento sumiso y generalizado de nuestro entorno.

En la historia de nuestra literatura insular, los parajes instituidos por Cairasco y Viana en sus poemas fundacionales fueron en realidad préstamos, adaptaciones no muy ingeniosas tampoco, de los jardines soñados de la mitología grecolatina y de los huertos bucólicos del Renacimiento. Y, desde ese entonces, acusamos la orfandad de un solar propicio y prestigiado para la fabulación contemporánea, que acaso ya empieza a deshacerse de tales desconfianzas y escrúpulos.

Mis incursiones en la narrativa hablan por sí mismas, ellas me han abierto otros horizontes a la hora de superar la edad de

la razón, a la hora de enfrentarme al teatro de la vida con mayor bagaje de argumentos. Por eso estoy de acuerdo con Adolfo Bioy Casares cuando nos aconseja escribir a todos, porque es agregar un cuarto a la casa de la vida. Estaría la vida y estaría el pensar sobre la vida, que es otra manera de recorrerla intensamente.

Paralela relación con el lenguaje la he experimentado en el ejercicio apasionante de la crítica literaria, en la tarea de descifrar la obra de escritores y de géneros del pensamiento específicos, como el ensayo, que me inculcó dentro y fuera de las aulas universitarias, uno de los profesores de los que mejores recuerdos guardo: Ventura Doreste, un magisterio que tuve la oportunidad de añadir al de Ramón Trujillo, aunque citar ese último nombre y esa deuda aquí resulte un agasajo fácil, pero prefiero estar de acuerdo con mi sentido de la justicia intelectual que obrar por omisión.

La crítica, ejercida desde esos presupuestos creativos del ensayo, exige un manejo del arte verbal tan riguroso como el de la poesía, y uno tampoco vuelve a ser el mismo desde que se dedica a leer con el lápiz en la mano, como ya nos dijo en su día un crítico de élite como George Steiner, al hablarnos de la degradación placentera que supone leer para enjuiciar.

Los modelos

Acaso ese fragmento citado antes de *El inglés* fue mi encuentro con la grandeza de la sencillez —esa campechanía idiomática—, aprendida en el segundo Borges, el que siguió al universal Andrés Bello (Bello fue la respuesta gramatical americana a la imposición colonial de Elio Antonio de Nebrija) y no siguió al castizo Sarmiento; el Borges que no rehuyó las destrezas del periodismo —ejercido en el diario *La Nación*, en frívolas revistas semanales como *El Ho-*

gar— y las incorporó a su prosa y hasta a su poesía.

La literatura es la carretera tradicional, apacible, que conduce al autor hasta sus lectores. El periodismo es el atajo; cuando el autor le dice al lector “aquí te pillo, aquí te mato”. La literatura la escribimos por convicción y sin plazo para ser leídos. El periodismo lo hacemos para acercarnos al lector lo más pronto posible, para tener cómplices inmediatos.

Ya lo hemos dicho antes, pero vale la pena recordarlo ahora: El periodismo es un método de investigación de la realidad y ese objetivo no tiene por qué encontrarse a mucha distancia de los afanes de una buena parte de la estética literaria. Desde el siglo XVI hasta aquí, el periodismo y la literatura han ido y siguen de la mano, aunque a muchos periodistas desventajados y a muchos literatos melindrosos les cueste aceptarlo. Por fortuna, además, el último periodismo, el de ese franqueo mágico lla-

mado e-mail, nos ha aliviado, a los maniáticos de la angustia de las erratas, de los disgustos de no llegar a reconocer nuestros textos originales cuando eran publicados en las páginas de las madrugadas.

La palabra es de todos, no es de nadie. Como aprendí a comprobarlo en la literatura hispanoamericana que empecé a leer en la década de los sesenta.

A mí me liberó la literatura hispanoamericana. La fiesta del lenguaje de *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante, o *Gestos*, de Severo Sarduy. No he sido el mismo después de leer los cuentos dramáticos de Horacio Quiroga, las tristezas sin paliativos de Onetti ni la biblia laica llamada *Cien años de soledad*.

Me liberó, asimismo, la lectura temprana de un ensayo de Jorge Luis Borges sobre Américo Castro, por lo que me supuso de guiño crítico, de catarsis retórica. Decía ese Borges de 1952: "...no he observado ja-

más que los españoles hablaran mejor que nosotros. (Hablan en voz más alta, eso sí, con el aplomo de quienes ignoran la duda.)”⁵. Esa duda que tan a mal traer tuvo y tiene a muchos de nuestros hablantes, incluso a la hora de manifestar sus mayores certezas. Hablo del Borges que años más tarde repetiría una y otra vez su desentendimiento por igual del *Diccionario de la Real Academia* y de “los gravosos diccionarios de argentinismos...”

Pero la degustación de esa literatura hispanoamericana no impidió, sino todo lo contrario, el conocimiento de otras maneras de decir planetarias: la de los saboreados de antemano Cervantes, Quevedo o Larra, o el más cercano Jaime Gil de Biedma, el único poeta que memorizo sin esfuerzo; la manera de decir de Dostoievski y Kafka, Proust y Thomas Mann, Döblin o

⁵ Borges, Jorge Luis, “Las alarmas del doctor Américo Castro”, en *Otras inquisiciones*, ya cit., p. 45.

Celine, Buzzati, Jack London o Joseph Conrad... El hallazgo de oficios poéticos como los de Mallarmé o Valéry a la hora de aunar intelecto y sensualidad, así como el hallazgo de comprobar el daño causado en la lírica posterior por sus dóciles epígonos, simples ejecutores de la receta... Como tampoco impidió, la literatura hispanoamericana, la lectura filosófica de Plotino, Schopenhauer o Zambrano, o la historia de Toynbee, Braudel o Pierre Vidal..., o el conocimiento del periodismo de Norman Mailer, Jean François Revel o Indro Montanelli.

¿Cómo no seguir con esta enumeración y no caer en la pedantería? ¿Cómo no citar las lecturas de los que escribieron desde nuestros mismos suelos y quizá desde experiencias anímicas afines? Desde las sentidas endechas hasta las vastas y sutiles formulaciones poéticas y narrativas de autores hoy vinculados a esta corporación.

Escribir para identificarnos

Con esos modelos y con el tiempo, aprendí a decir por mí mismo. Aprendí a escribir y a escribirme. Me descubrí. Me identifiqué. Cuando uno puede poner palabras a lo que siente ya se ha apropiado de ello, ya ha manejado la situación.

Uno sabía por gente frecuentada, como el crítico uruguayo Ángel Rama, como el profesor triestino y narrador desbordante, Claudio Magris, que la identidad no es un rígido dato inmutable, sino que es fluida, un proceso siempre en marcha, en el que continuamente nos alejamos de nuestros propios orígenes... algo que se pierde y se renueva, en un incesante desarraigo y retorno⁶.

Y que la desidentidad acechaba, como acecha con tanto dramatismo al extraño y

⁶ Magris, Claudio, *Utopía y desencanto*, traducción de J. A. González Sainz, Barcelona, Círculo de Lectores, p. 70.

torturado protagonista de *El castillo* de Franz Kafka. Nos lo dice María Zambrano⁷ en su lúcida lectura de la obra del escritor checo: toda la vida de K. está en cuestión, él sueña ser el agrimensor pero su pasado ha quedado en la sombra junto con su persona: él es otro y nadie es capaz de darle pistas sobre su verdadera y perdida identidad.

La literatura

Hay estados de nuestras vigiliias y de nuestros sueños inapresables, pero la literatura nació para demostrarnos que podemos intentar acercarnos a ellos. Siempre hay una palabra a mano, y no tenemos que desesperarnos en el intento de encontrar la “mot juste” de Maupassant. Pessoa nos ha advertido que “las palabras (muchas veces) huyen” de nosotros. Otro asunto es

⁷ Zambrano, María, *Obras reunidas*, Barcelona, Aguilar, 1971, pp. 87-97.

que nosotros huyamos de ellas por crearlas ajenas.

La literatura siempre ha sido para mí una particular, muy íntima, reordenación del lenguaje.

Nos aconseja el Dalai Lama en *La fuerza del budismo*: “No nos dejemos aprisionar por conceptos formulados mediante palabras. Tanto los unos como las otras son efímeros. Aceptemos el vacío con una sonrisa y, ya que todo depende de nuestro espíritu, confiemos en nuestro espíritu”⁸.

Hay que asumirse dentro de las culturas a las que pertenecemos con palabras y vacíos, como se han asumido personalidades como James Joyce, dentro de la cultura irlandesa, escribiendo con la fuerza de su inglés, como Léopold Sédar Senghor, dentro de la cultura senegalesa y centroafrica-

⁸ Libro de entrevistas de Jean-Claude Carrière a Su Santidad el Dalai Lama, traducción de Ignacio Vidal, Barcelona, Ediciones B., 1995, p. 235.

na usando la lengua francesa, o *Vidia* Nairpaul y Derek Walcott, dentro de la cultura caribeña anglófona.

La literatura –cito de nuevo a Claudio Magris– es, entre otras cosas, “una expedición a la búsqueda de nuevas fronteras, un desplazamiento de las fronteras semánticas y de las estructuras sintácticas, un continuo desmontar y volver a montar el mundo”⁹.

En busca de nuestra expresión

Decía, en 1926, el ensayista dominicano Pedro Henríquez Ureña¹⁰ que el compartir un idioma no nos obliga a perdernos en la masa de un coro cuya dirección no está en

⁹ Magris, Claudio, op. cit., pp. 63-64.

¹⁰ Cfr. Henríquez Ureña, Pedro, *Ensayos*, edición crítica de José Luis Abellán y Ana María Barronechea, Madrid..., ALLCA XX, 2000, 2^a ed., p. 284.

nuestras manos. Henríquez Ureña defendía entonces para la América Hispana y sus pueblos la búsqueda del acento inconfundible que cobra una lengua al calor de una cultura, de una geografía particular convertida a la fuerza en historia particular.

Necesitamos miniaturistas del dialecto español hablado en Canarias. Necesitamos un inventario riguroso de esa manera de expresarse para saber quiénes somos. Leer y escribir para aprender gramática, pero, sobre todo, para ser más nosotros mismos. Los libros leídos y escritos son los objetos que nos quedan más próximos: por contener nuestros pensamientos, nuestras ambiciones, el rumor de nuestros instintos, nuestra indignación ocasional, nuestras ilusiones más recónditas, nuestro apego a la verdad y nuestra persistente inclinación al error. Por contener ese matrimonio, tan mal avenido a veces, entre los ardidés del lenguaje y el desfiladero de nuestras conciencias.

Ya lo dije y ahora lo repito. La lengua es la primera piedra de la identidad de un pueblo. Hoy, en Canarias, se habla con un pobre léxico y con una precaria sintaxis. Es una mala costumbre a corregir. Una pereza mental que arruina el razonamiento y la organización espiritual de nuestra vida. Un pueblo que se vuelve ininteligible es un pueblo que empieza a desaparecer.

Aunque en nuestras ciudades y pueblos uno puede encontrarse con distintas conductas ante el lenguaje. La del desinteresado sin más, como aquel acompañante que tuve en mi primera visita a la isla de El Hierro y que a mis preguntas sobre las plantas que nos íbamos encontrando desde la carretera de Valverde a San Andrés, me respondía desganado “esto es hierba”, y después “esto es hierbajo”, y después “esto es hierba-monte”, y nunca pude sacarlo de tan rica diversidad botánica por muchos esfuerzos que hice. Y la conducta del campesino discreto y hábil que cultiva

el sigilo asiático de no pronunciarse nunca sino después de haber meditado mucho las cosas.

Necesitamos miniaturistas de nuestra modalidad lingüística en muchos campos del saber. Como Telesforo Bravo, con sus muchas especialidades a cuestas, que, en un viaje que hicimos juntos en los años ochenta a los Llanos de Aridane, me demostró, con su humildad sabia, las riquezas de nuestra flora y de nuestra fauna, de nuestros climas y de nuestros suelos, de nuestras nubes y celajes. Como también me pudo descubrir la espectacularidad de los mares que se acercan a nuestras costas, la pesca y sus artes arcanas, los atardeceres y las noches, los cromatismos y texturas de lanas, linos y sedas urdidos y tramados en los viejos telares, y las arcillas amables de la cerámica, la cálida arquitectura macaronésica, la plasticidad de los deportes originarios, la vida en convivencia y sus ritos.

No hay globalidad que sirva sin localidad que valga. Nuestra existencia está vinculada a las existencias de los que nos rodean, y en ese tráfigo reconocemos una comunidad de intereses y de superaciones que contribuyen escalonadamente a la consecución de una humanidad más armoniosa.

Somos una manera de sentir, de pensar y de actuar. Una manera de ser instalada en una cultura que dialoga con el otro, que lo incorpora con facilidad. Pertenece a un mundo ordenado y por ordenarse, a un mundo abierto, poroso, consular, cuya grandeza estriba en nutrirse de fuentes diversas pero nunca adversas, desde los pueblos del Atlas al Renacimiento italiano, desde el Barroco español y americano a los siglos ilustrados, científicos y vanguardistas que unen continentes y mentalidades en un fecundo e incesante mestizaje.

Papel de la Academia

El papel de la Academia Canaria de la Lengua es, primordialmente, el de animar-

nos a todos a llamar a las cosas por su nombre, sin complejos, con libertad, con amor a lo que nos enseñaron nuestros mayores y nosotros trasladaremos a nuestros hijos y nietos; animarnos a eso, más que a encerrar la lengua en los depósitos de los diccionarios.

Decía mi buen amigo Camilo José Cela que a veces es difícil encontrar a alguien con menos sentido del espíritu de la lengua que un lexicógrafo. Bromas aparte, hacen falta, además de diccionarios solventes, asignaturas en los primeros cursos de la formación de nuestros niños y jóvenes que les inciten a interesarse por nuestra expresión natural. Los griegos ya nos enseñaron hace veinticinco siglos que lo natural es, en definitiva, lo más bello.

Nos faltan azorines y carpentierres que descubran nuestro entorno físico y metafísico con más ambición de la desplegada hasta ahora, que activen léxico, fraseología y giros, ese lenguaje doméstico con el

que Cervantes edificó su obra maestra. Que rastreen en nuestra auténtica visión del mundo, en nuestro imaginario interatlántico.

La mayoría de nuestros escritores sigue con el cinturón de castidad españolista (metropolitano) colocado y no se atreve a arriesgarse de verdad —sin chabacanerías— en el uso de una lengua que es de nosotros tanto como de los otros. Los errores desenmascarados hay que convertirlos pronto en educación, así como los fracasos han de trocarse en provechoso conocimiento.

Esos escritores siguen columpiando su prosa o su poesía entre el “nosotros” y el “los otros” de los niños de mi infancia; entre la lengua asimilada, asumida, celebrada, y la lengua estándar del imperio. La visión temerosa.

Paul Valéry dejó dicho que la literatura es y no puede ser otra cosa que una especie de extensión y de aplicación de ciertas propiedades del lenguaje. Para el gran amigo

de Mallarmé y de André Gide, académico desde 1925 y catedrático de Poética en el Collège de France, un hermoso libro era el que le proporcionaba una idea más noble y más profunda del lenguaje¹¹.

A su entender, toda obra literaria se reduce a una combinación de las potencias de un vocabulario determinado, según formas establecidas una vez por todas.

El español hablado en Canarias hay que empezarlo a buscar en la obra de nuestros creadores literarios, a los que nunca les hemos otorgado el debido respeto. El escritor es siempre el mejor espía de los deseos y de los lenguajes de su tiempo.

Hay que buscar las palabras no sólo en los diccionarios y en los modelos externos estereotipados, sino en el vocabulario de la convivencia próxima, en nuestro don de

¹¹ Cfr.: Valéry, Paul, "Literatura", en *Tel Quel 1*, traducción de Nicanor Ancochea, Barcelona, Editorial Labor, 1977, p. 185.

lenguas, para saber quiénes somos en realidad, si como nosotros o como los otros.

Y, en esa línea, se nos ocurre sugerir ciertos, improvisados, comienzos acercándonos con esmero, para su estudio, a la movediza, elástica, muy personal sintaxis de *Cada cual arrastra su sombra*, la primera nouvelle del escritor grancanario Víctor Ramírez, a la valentía organizativa de la oración gramatical que se da en ella; una valentía aún no convertida en caricatura, en parodia; o acercándonos a la celosa manera de decir y de sentir de Félix Francisco Casanova, en su poesía y en su prosa fulgurantes. Por poner sólo dos ejemplos recientes y provechosos de originalidad expresiva y de construcción de mundos propios.

La literatura es una arqueología de la vida, y la verdadera literatura es la que inquieta al lector, la que es capaz de removerle sus certidumbres y sus incertidumbres.

Incluso —y sobre todo— sus certidumbres e incertidumbres lingüísticas, como las que experimentaron hace ya muchos años unos niños ante la autoridad de su municipio al ser acusados de apedrear los vestigios de una arquitectura que estuvo a punto de desaparecer en su totalidad si la razón no hubiera imperado sobre la grosera especulación, como desaparecen vertiginosamente los modos del decir de las viejas generaciones si no los preservamos de la desmemoria y los trasladamos con dignidad al futuro que a todos nos espera.

Esas tareas tenemos por delante.

ÍNDICE

Orígenes	5
La educación gramatical	9
La vocación narrativa	11
Los modelos	16
Escribir para identificarnos	21
La literatura	22
En busca de nuestra expresión	24
Papel de la Academia	28

